

Reportaje

Acercarse al suicidio: respeto y misericordia

Jesús María Ruiz Irigoyen

(De Humanizar no. 76)

¿Quién está haciendo todo lo posible para alcanzar el máximo desarrollo como persona humana? ¿No tenemos algún reproche que hacernos al respecto? El que esté libre de cargo, que tire la primera piedra contra el suicida. Sólo hay, pues, una forma digna de acercarse al suicidio: el respeto, sin juzgar la decisión. Sólo hay una manera eficaz de entenderlo: la misericordia. El derecho y la moral definen y legislan sobre el suicidio, pero la casuística que levantan nos deja fríos, insatisfechos. La sociología pretende poner claridad, clasifica los diferentes tipos de suicidio, los divide y subdivide en categorías, pero, al fin, todo queda reducido a cifras de estadística y poco más. Ciencias del comportamiento humano, como la psicología, ante el aumento de los suicidios, hablan del fracaso de los programas de educación, todavía poco personalizados. Otras lamentan la escasa importancia dada en nuestros días al cultivo de los valores y atribuyen el aumento de los suicidios a la sed de consumo indiscriminado que nos azota.

Piensan que las expectativas que crea la propia sociedad, al no poder ser satisfechas por todos, originan una profunda insatisfacción, causa de depresiones y generadora de muchos suicidios. Las nuevas ciencias de la vida, con la bioética a la cabeza, se afanan en proponer nuevas soluciones para los tiempos nuevos; tarea digna de elogio, sin duda. A sus cultivadores les auguro mucho éxito en su empresa. Con estas líneas quiero acercarme y me acerco al tema del suicidio y a todas las personas que han puesto y pondrán fin a su vida, con absoluto respeto, conmovido por su dolor y su tragedia. Todos hemos experimentado muchas veces la tristeza de ser hombres. En la excursión de la vida, el autobús en el que viajamos transita por túneles inhóspitos sin que se atisbe una luz al fondo. En esas condiciones, fácilmente se apoderan de nosotros la tristeza, la desesperanza y las ganas de claudicar.

Unos la superan enganchando se a la correa de la vida con las dos manos, otros apeándose de ella porque se ha convertido ya en algo insoportable. Desde el respeto y la ternura se puede entender que un ser humano ponga punto final a su vida. Quien así actúa, renuncia a un tipo de vida concreto, pero no a otro diferente que no consigue crear. Renuncia a la vida, pero no al vivir. A ese vivir, en infinitivo, modo verbal sin tiempo ni limitación, no circunscrito a una modalidad concreta de vida. Quiero pensar y lo pienso, que detrás de cada suicidio hay una forma de vida que ha llegado a ser insoportable, pero el anhelo básico de vivir permanece. A fin de cuentas, uno es viviente no porque tenga vida, sino porque la vida lo tiene a uno agarrado, atrapado, invadido de deseo vital. Quiero creer, y lo creo, que el Creador, de cuyo soplo inicial brotó la vida, acoge en su seno al suicida como quien recoge en su mano un pajarillo herido. Cuanto he pretendido decirles, lo contaba JL Cortes de manera insuperable en un dibujo de humor: unos angelitos curiosos preguntaban al buen Dios (vestido de bata de andar por casa y con zapatillas de pana a cuadros):

—Abba (papá), ¿los suicidas van al infierno?

—No —respondía él—. Los suicidas vienen de un infierno.

—‘Vienen’; es decir, vuelven a casa.